



# CATALINA

ANNA  
KARERINA  
ZAMBRANO





EDITORES

# Catalina

Anna Karerina Zambrano

Anna Karerina Zambrano  
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.  
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798802075050

Diseño de la portada:  
Luis Perozo Cervantes

Corrección:  
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:  
Sultana del Lago Editores

[www.sultanadellago.com](http://www.sultanadellago.com)  
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

## Rebeca

Eran cinco minutos pasados las seis de la mañana. Catalina había arreglado sus cosas desde la noche anterior, costumbre arraigada en ella que le permitía dormir unos minutos más y salir sin olvidar nada.

En la silla de madera antigua junto a su escritorio tenía colgada la ropa que iba a usar en la mañana, aunque podría cambiar de opinión a última hora, tenerla a la vista le daba tranquilidad. Su escritorio era parte de un juego de cuarto diferente. Todo en su habitación era bastante ecléctico entre modelos y materiales, pero en conjunto resultaba agradable a la vista, además de bastante utilitario.

La habitación era amplia, tenía unos ventanales grandes con los cuales jugaba con la luz a través de unas persianas negras. En la noche permanecían cerradas, pero durante el día pasaban de cuarto menguante a creciente, como un ciclo lunar en versión rápida conforme a la posición del sol. Los colores preferidos iban de ocre al beige, como un juego de luces.

Su bolso era marrón, con aplicaciones en cuero natural, cierres grandes, varios bolsillos y estilo rustico, como le gustaban a ella la mayoría de las cosas. Si pudiera compararse a un carro sería un Jeep de doble tracción, siempre listo para atravesar cualquier campo, con dirección manual pero suave, tapicería de cuero crudo combinado con negro y detalles de madera. Una pieza de colección, duradera, que al pasar los años pudiera considerarse un clásico.

A esa hora la avenida principal de la urbanización estaba despejada, pocos carros, algunos peatones, un puñado de personas esperando el autobús en la parada. Entre los estudiantes, la mayoría identificados con su camisa azul, destacaba doña Luisa, siempre entaconada, llevaba una cartera grande vinotinto de un lado y del otro un saco que siempre parecía lleno. Era vecina de su edificio, vivía sola, se decía que era viuda de quien había sido un militar destacado del ejército. Mantenía un buen porte y procuraba a toda costa lucir elegante, aunque era evidente que la ropa le comenzaba a quedar un poco grande. El ascensor quedaba oloroso luego de ella usarlo, con un aroma cítrico floral con altas notas de naranja y nardos, a lo mejor no comía suficiente pero el perfume no le faltaba, su carro permanecía estacionado en el puesto doble de su apartamento, no lo usaba.

Al lado izquierdo de la estación, estaba la panadería de Don Joao. Desde temprano se veía saliendo a uno que otro transeúnte con su bolsa de pan. Era muy sabroso, suave por dentro y tostadito por fuera, una mezcla entre dulce y salado, era adictivo. El portugués sacaba pan varias veces al día y nunca le quedaba frío, en diciembre hacía una versión de pan de jamón que tenía fama, lograba venderlo al mejor precio de la zona teniendo una calidad y presentación sin competencia.

En un abrir y cerrar de ojos llegó rápidamente al último semáforo, lo siguiente era la autopista, luego, era cuestión de pocos minutos para llegar a su destino. Así comenzaba el primer día del último año de su carrera universitaria.

Elegir qué estudiar no fue una tarea ardua, en eso tuvo suerte. Tenía varias opciones en mente, al final cualquiera de ellas le gustaba y tenían conexión entre sí, de modo que en la primera que abrió la oportunidad para ingresar, probó y quedó. Pasó algún tiempo desde aquel momento inicial, había muchas vivencias, sin embargo, un recuerdo en particular permanecía fijo en su memoria, uno de esos que se adhieren por insospechada razón y acompañan hasta en las más oscuras sombras. Muchas veces, cuando pasaba frente al pasillo de la dirección de la escuela aparecía frente a ella esa imagen.

Se había buscado en la lista varias veces, su nombre estaba allí, pero no creía que fuese el suyo. Se daba media vuelta y volvía a revisar la lista, después de otras tantas veces haciendo lo mismo, se dijo “soy yo, no hay duda”. Él también estaba en la lista, ¿por qué? No sabemos aún. Él quería otro camino, soñaba otra gloria, pero a pesar de su empeño, estaba también en la misma lista.

Por esos rincones había ido antes de ese día, en otras condiciones y con diferente actitud, bastante desafiante, siempre risueña y confiada como si todo a su alrededor le resultara conocido. En esa ocasión realizó la prueba sin afán, al azar, como si al final realmente nada de lo que allí se preguntara fuese importante, de todas maneras, la suerte estaba echada. Cuando le toco volver, fue por su propia voluntad y motivación. La larga fila de gente la sorprendió, todos, tal vez, con la misma ilusión. Ella seguía risueña,

con un poquito de susto en el estómago, cándida, ya no desafiante sino expectante. Esa vez cada pregunta importaba, ya no había respuesta para el azar, estaba en una bisagra del destino y en ese punto lo que hacemos es determinante. Ese día las cartas se jugaron con meticulosa matemática, por eso pudo verse. Ambos enrolaban la misma lista.

Iba apurada, a pesar de haber llegado temprano. Estacionó su carro ancho y medio largo con relativa destreza en la primera planta, era un Ford Maverick blanco con los vidrios ahumados, estaba muy bien cuidado, con su tapicería original, un radio adaptado para poder quitar y guardar de los amigos de lo ajeno y un escapulario colgando entre el espejo retrovisor y el parabrisas. Era bello.

El día estaba nublado y un poco frío. Desde la plaza que conecta al estacionamiento del estadio de béisbol con los pasillos de la ciudad universitaria se podía apreciar el cielo encapotado. Era de esperarse, septiembre es la época lluviosa.

La ansiedad se hizo presente en forma de vacío en el estómago, como si todo se revolviera de repente. No sabía claramente si quedarían juntos en las aulas, casi todos habían inscrito las mismas materias.

—¡Cata, espérame! —Le gritó Mauricio desde el segundo nivel del estacionamiento. Más que haberla visto, parece que la olía.

—Dale, Mauri, ¡apúrate que comienzo a las siete!

En las vacaciones se habían visto poco. Ambos estaban trabajando, pero de vez en cuando Mauricio

inventaba alguna excusa, no para verse a solas como esperaba Catalina, sino con amigos en común. El pasillo estaba lindo, limpio, el olor a grama recién cortada era envolvente, los librereros comenzaban a abrir sus puestos, era el mejor ambiente universitario posible, café tostado, tequeño y pastelito formaban parte del arco iris olfativo.

La clase comenzaba a las ocho, ambos estaban en la sección B, junto con Eugenia Silva y Thiago Conti, otros del grupo también, aunque Ricardo, Carla y Cristian no eran tan cercanos. La verdad es que a ese cuarteto disímil el destino los había unido desde hace unos años.

— Vente Cata vamos a comer, me muero por una empanada de queso con una malta. Llegamos full temprano.

— Dale, pero brindas tú, no traje efectivo y este punto de aquí nunca sirve. Yo quiero una de carne molida y un café con leche clarito pequeño.

— Ok. Mi Cata lo que digas.

— Epale Thiago. El Thiago Conti, ¿qué pasó? ¿Te quedaste en el turno de la mañana por fin?, menos mal pana. —Saludó Mauricio efusivo como de costumbre, mientras esperaba que le entregaran el vuelto.

—Hola! Mauricio Mendes, Catalina! — Saludó Thiago, con la calidez de un oso que se levanta después de un largo invierno. Con una palmada en la espalda a Mauricio y con un suave beso en la mejilla de Cata. Thiago estaba llegando, no sabía aun en que curso le había tocado ni a qué hora tenía clases, pero al ver a Mauricio y sobre todo a Cata se acercó a saludar, ya

había desayunado de modo que no pidió nada. Estaba más moreno que de costumbre, aunque hijo de inmigrante argentino, nieto de italianos residentes en Mar del Plata, su madre era de la Guaira, de modo que el color chocolate le brotaba con pocas horas de exposición al sol caribeño.

—¿Fuiste a Playa Escondida? - Preguntó Catalina intrigada a Thiago.

—Sí, el fin de semana baje sábado y domingo.

—Y no invitaste — Le replico bromeando Mauricio.

—Bueno no siempre te puedo llevar, gafo. — Contesto Thiago con su mirada triste.

Ya estaban comiendo, al final Thiago le quito el café a Catalina, se lo tomó y luego le pidió otro. La verdad, fueron dos, estaban sabrosos y como eran pequeños, caían muy bien para calentar la mañana nublada.

Al rato se acercaron Eugenia y una amiga conversando como dos niñas, parecía que no hubiera nada más alrededor, se les podía oír las voces, aunque no se entendía prácticamente nada. Por las expresiones de sus caras se notaba que compartían confidencias.

Eugenia como de costumbre traía su cartera de medio lado, pantalón azul estilo colegial, zapatos tipo mocasín Sebago, sin medias y camisa blanca con un pulóver verde agua. Era su estilo característico. Solía ser metódica y discreta. Ella y Cata eran amigas desde primer año, habían coincidido en horario y sección. Aunque Eugenia comenzó estudiando en la escuela de arte, luego resolvió cambiarse.

—Hola, que bueno verlos a todos, quedamos juntos en el salón, casi todas las materias de este curso

las vemos juntos. ¡Qué buena noticia! Miren, les presento a Rebeca, es una amiga del colegio, de primaria, pues también estudia aquí. Se cambió del turno nocturno para la mañana — Intervino Eugenia en el grupo, reencontrándose con sus amigos, mirando con suspicacia a Cata.

—Hola! — Respondieron los tres al unísono, con diferente interés y tono de voz.

Rebeca era linda. Rubia, pero no del estilo criollo, se le notaban rasgos nórdicos, eran evidentes y quedaron confirmados cuando mencionó su apellido, Symanski.

A Mauricio se le cayó el último pedacito de tequeñón que le quedaba, la parte que se come con más sabor y nunca se comparte, pero eso no era nuevo en él, además la saludo con la boca llena de grasa y masticando. No era mal educado ni sucio, solo que parecía un niño grande. Los ojos se le abrieron como luna llena. Thiago vio la hora en su freestyle que siempre tenía arena de playa.

—Ya casi son las ocho, vámonos.



## Miguel

Ella lo miraba fijamente, sin embargo, él no respondía a su mirada, parecía que huía o que estaba buscando algo que no lograba encontrar. Constantemente hur-gaba en gavetas y caminaba rápidamente entre una habitación y otra. De altura mediana o más bien bajo para ser hombre, su contextura era cuadrada, espalda ancha como la de quien se dedica a remar contra la corriente. La escena era sombría, ella lo seguía en sus recorridos, le hablaba con la mente, con los ojos, con el cuerpo, con la voz. Nunca se encontraron, ella sentía que estaba a su lado, pero no en el mismo lugar. Durante mucho tiempo fue así, parecía suspendida en una dimensión diferente.

Con frecuencia llevaba camisa blanca de algodón manga corta tipo franela, otras veces manga larga, pero siempre con la informalidad de un viernes por la tarde, pantalones color caqui, no bien planchados, sin muchas ganas. Estaba seguro de que eso inconcluso no se resolvía en una seria reunión de oficina, además su fuerte nunca fue la moda. Apurado, amargado, constreñido y al mismo tiempo inexpresivo, actitud adherida por la soledad, un insospechado sentimiento de culpa por ese incansable buscar, que parecía no tener fin, así se le aparecía Miguel Ángel en sueños recurrentes a Catalina. Ella lo seguía, esperaba comprender por qué estaba y a la vez no, tenía tantas cosas por decir y por hacer, pero el muro entre ambos era infranqueable.

Ella solo podía mirarlo y pensar “qué es lo que tanto busca”, si era algo que no hizo, que no le dio tiempo, o si por el contrario era algo en lo que estaba trabajando y requería mayor concentración. Él no podía ver ni hablar, solo ocuparse de su asunto pendiente. Catalina continuaba por ese camino que como una pieza jugada se trazó, en la primera encrucijada de la vida, donde la edad te permite y te obliga a discernir. Cruzó un portal entrañable del cual nunca podría arrepentirse, lleno de arte, vida urbana, letras y ruido. Sí, lo hizo. Pudo seguir caminando a pesar de su ausencia. Miguel se había ido antes del tiempo de todos. Avanzaba por la inercia de ese primer impulso que venía nutrido de amor, de la alegría con la que andan quienes se han sentido amados desde antes de nacer y que te arroja a la vida con una fuerza encomiable, como la del Big Bang.

—¿Qué haces, por qué no me respondes? ¿A dónde vas, por qué estas molesto? —Le repetía ella cuando tenía la suerte o la desdicha de encontrarlo en su mundo onírico, enmudecido como quien quita el audio al televisor. La respuesta era siempre el silencio abrumador de quien estando a tu lado no te ve ni te oye ni te habla.

Esa mañana de abril recordaba Catalina esa sensación de oquedad que la acompañaba desde la muerte de Miguel y que se reavivaba cuando la secuencia se repetía en los sueños. Trataba de fijar cada detalle para lograr descubrir por qué él permanecía irascible.

Pasaba una temporada en Londres. Finalmente contaba con unos días de vacaciones y pudo regalarse su primer viaje a Europa, nada menos que a la City. Incluso antes de graduarse se enfocó arduamente en trabajar, por fortuna en asuntos relativos a su carrera, lo que le permitió insertarse en el mundo laboral con rapidez envidiable. Se consideraba una estudiante profesional y una profesional en constante formación.

Salió temprano del hotel, no daban aun las ocho de la mañana. Muy bien dotado y ubicado, la infraestructura formaba parte de una reconocida cadena hotelera, ofrecía comodidades apreciadas por ejecutivos con amplios y variados ambientes para conferencias y reuniones de negocios. Pero ella no estaba por asuntos laborales sino meramente recreativos.

Camino unas cuadras sin dirección aparente y al poco rato entró en un acogedor lugar lleno de lo que parecían lugareños, algunos incluso con un ejemplar de 'The Times', 'The Guardian' o 'The Daily Express'. En la mesa, por olvido de un comensal anterior o una cortesía de la casa, había para el consumidor un pequeño periódico urbano gratuito donde se reseñaban noticias de interés local y promocionaban variados emprendimientos. Lo reviso con curiosidad y le llamo la atención el cuidado y detalle con el que se comunicaba la noticia de un grave accidente laboral ocurrido en una construcción contigua al hotel donde estaba hospedada. Parecía un hecho bizarro con el ensueño de ciudad, millones de veces utilizada como escenografía para grandes películas, inspiración de

novelas y petulantes conspiraciones. Parece que no somos tan diferentes después de todo.

Se animó por un desayuno típico, tocinetas grandes y jugosas, las más grandes que había visto hasta ese momento, dos buenas rodajas de pan bañado con avena, un succulento huevo frito salpicado en pimienta que acompañó con jugo de naranja y café con leche. Quedó satisfecha, luego miro en su mapa como dirigirse a la parada del bus rojo, esos icónicos de la ciudad, cuna de la otrora moda victoriana y la filosofía punk, sede de las añoradas vacaciones de Catalina. Vehículos grandes, bien pulidos, con doble piso, donde se puede ir a la intemperie y disfrutar de una de las urbes estandarte del modo de vida occidental, orgullosos herederos de la cultura greco-romana, soñadores idealistas fundadores del liberalismo. Al frente de la estación más cercana a su lugar de alojamiento se aprecia el Hyde Park, esplendido espacio de vegetación que conduce, tras una larga caminata, al Palacio de Buckingham.

A mano derecha la Oxford Street, concurrida calle, antiguo camino romano que permitía entrar y salir de la metrópoli. En el bolsillo de su chaqueta llevaba un sabroso brownie belga, para picar más avanzado el día, lo había comprado en el almacén Selfridges, el que se distingue con su luminoso amarillo, casi comenzando la calle, eso sí, se entra desde el punto cardinal noreste y se toma como referencia de partida el Hyde Park.

Llevaba unos cuantos minutos aguardando con el ticket para un día, con ganas de visitar la Saint Paul Ca-

thedral, esa estructura que durante el Blitz permaneció inerte. Vio su reloj y luego alzó la mirada con más precisión hacia su mano derecha y allí estaba un joven, pensó que también esperaba el bus y tal vez estaba en una estación equivocada, de modo que se acercó.

—Hello! good morning, are you waiting for the bus, the one that goes to the Saint Paul Cathedral? —Dijo Catalina en un inglés no muy fluido.

No obstante, el joven comprendió perfectamente, tanto, que respondió en español, con un acento paísa que en un primer momento la confundió, no logró distinguir si se trataba de un gocho o un colombiano.

—Buenos días, si, esta es la parada para tomar el bus, me permite su ticket por favor. —Dijo el joven con la confianza de quienes se conocen o comparten una historia, al tiempo que le preguntaba de dónde era, sólo para confirmar lo que ya sabía.

—De Venezuela, ¿y tú? —Respondió Catalina mientras le entregaba su ticket tuteando sin pena.

—De Cali, Colombia. —Dijo con una sonrisa divina pintada en sus labios— Me llamo Eliseo Mallarin, con mucho gusto para servirle. —y le devolvió el ticket.

—Encantada, Catalina Orihuela, de Caracas. Tenía rato parada más atrás, hasta que te vi y decidí acercarme a preguntar, me parecía raro que no pasara el bus con la reconocida puntualidad inglesa.

—Si, la parada es ésta, llega en unos minutos, hace su recorrido, te bajas en la visita que escojas y luego, si quieres, lo tomas y te deja nuevamente aquí. ¿Cuánto tiempo tienes en Londres? — Preguntó Eliseo rá-

pidamente con mucha curiosidad, parecía que no se topaba con venezolanos con frecuencia y tenía ansias de opinar o más bien, al contrario, tenía ganas de sumar respuestas a sus estadísticas.

Llevaba su uniforme impecable, zapatos pulidos, corte de cabello clásico recién hecho, peinado de lado fijo con gomina, un color canela en la piel que resaltaba en el nublado clima británico. Era simpático.

—¡Ah! yo estoy de paseo, vine unos días, no me quiero ir sin visitar la Catedral, ¿y tú? —Preguntó Catalina como para darle la excusa que él quería para desahogarse.

—Tengo seis años aquí y ese mismo tiempo sin ver a mi familia. Me vine de intercambio a estudiar inglés con una beca que gané, y no volví más. Los paramilitares se llevaron a mi papá y a mis hermanos, así que no regresé. Siempre tengo la esperanza de volver, tal vez, con el líder venezolano pujando por el fin de la represión lo pueda hacer.

A Catalina le pareció audaz su confesión, no sabe qué parte de su existencia le hizo pensar que ella concordaba en que lo que él llamaba “el líder venezolano” podría significar el fin de la represión en Colombia o en algún lugar de la tierra. En todo caso, en cualquier momento iba a llegar el bus y no había mucho tiempo para debatir sobre tan intrincado asunto. Era un joven agradable y claro, si millones de venezolanos habían creído que tal cosa podría significar un cambio positivo, no sería extraño que un foráneo, exiliado, delirara con esos cantos de sirena.

Catalina suspiro y le dijo:

—Entiendo que la vida en tu país natal tiene años envuelta en un conflicto armado, pero no será “el líder venezolano” quien devuelva la tranquilidad añorada, ni mucho menos quien brinde justicia para los desaparecidos, nadie está más lejos de procurar esa reivindicación que él. Sé que parlotea con astucia y tiene la palabra exacta que muchos quieren oír, pero sólo le mueve el interés de detentar el poder, no para ejercerlo en política, sino para regodearse en él y desfigurar su frustrada existencia. La aparente solvencia y buen vivir del venezolano no es más que una limosna que ha recibido con complicidad oprobiosa.

Ambos se vieron fijo a los ojos, con dolor, con añoranza, con implicación, pero también con la alegría del que espera. Llego el bus y se despidieron.

El clima estaba siendo amable, un cielo despejado y azul la acompañó durante su estadía, la presencia del medio oriente y el mediterráneo era evidente, la gastronomía y la cachemira se podían disfrutar con frecuencia, variados y surtidos locales ofrecían productos y servicios por cualquier rincón.

Su paladar degustó el tradicional sabor local, pero sobre todo el libanés y el italiano, tal vez la mejor lasaña verde que había comido hasta ahora había sido allí en ese viaje. Usaba un mapa de bolsillo para medianamente ubicarse, iba a pie de este a oeste, su punto de referencia era el parque por un lado y por el otro la estación Oxford Circus. El río Támesis también le había servido de guía. Hubiera querido ver más, probar más,

pero el tiempo era corto y el deber la llamaba. Programo un despertador con el conserje del hotel y reposó lo que sería su última noche de esa aventura.

Durmió profundamente con la suerte de un mejor sueño. Iba colgada sobre fuentes y jardines muy bien cortados y cuidados. Eran sobre todo verdes, pero también rojos y violetas. El agua corría siempre en las fuentes, parecía limpia, al menos es el olor que recuerda. Al pasar entre los pasillos y la acera, en las escaleras se escuchaba el zumbido de muchas personas al hablar. A los lejos los comerciantes se veían elegantes y bohemios, manteniéndose anhelantes y confiados. El futuro brillaba en sus pupilas y titilaba como sus pies suspendidos en la espalda de su papá. Al llegar a casa la alfombra estaba limpia y el balcón ampliaba el horizonte, su mascota en su jaulita sabía que la hazaña y el amor con él se encontrarían. Al subir las escaleras a la derecha estaba el mejor lugar para la biblioteca y a la izquierda el nido al cual nunca había vuelto sino en el deseo, en esta ilusión danzaba entre la innovación de concreto en el centro de la capital caraqueña. Se despertó minutos antes de que la llamaran con un nombre en los labios “Miguel”.

## Mauricio

—Si tan sólo me hubiera robado un beso.

—Pero no lo hizo Catalina y tú tampoco le diste ninguna señal.

—Le di un universo de signos, aprendí a tararear en clave Morse y hasta en lenguaje de señas.

—Sabes bien que él te miraba con ojos empañados de deseo, pero tu distancia era gelida y punzante como un iceberg.

—Si, es posible que no quisiera darme cuenta de nada. Ahora, no dejo de imaginar cómo hubiese sido mi historia, si los dos nos hubiéramos mirado de frente a solas, o mejor dicho si yo lo hubiera mirado.

—Tal vez, sólo te quedará eso, un cuento oculto en el lugar de los nunca jamás, un anhelo que con suerte pueda trascender y servir de enlace en la próxima vida, si es que existe tal cosa.

—Lo peor es que desde hace tiempo, lo he buscado en toda red social y es como un espectro, no hay ni rastro ni sombra. No existe palabra que no haya colocado en el buscador para asociarlo y tener algún dato, te juro que estoy resuelta a confabular para un encuentro con apariencia de fortuito.

—A lo mejor el impulso que tú tienes para conseguirlo es proporcional al esfuerzo que él hace para olvidarte, tú debes ser su más doloroso recuerdo.

—Eugenia, me niego a resignarme a sólo tener el consuelo de invocarlo en mis pensamientos.

— Catalina, es tiempo de soltar ese nudo, deja fluir, el ancla que tienes en el pasado te roba el presente.

—Será mi aprendizaje, te juro que, si tengo otra oportunidad, así este a millones de metros de distancia voy a entrelazar mi aliento al suyo hasta perder las pulsaciones.

Cerraba la conversación que tuvo Catalina con su entrañable amiga. Lograron cuadrar los horarios y conectarse vía Zoom, se debían ese intercambio cercano y más extenso. Rodearon varios temas, pasados, presentes y futuros, pero por alguna razón Mauricio fue el protagonista.

Cada una había logrado el éxito a su manera, con altos y bajos, con las dificultades propias o ajenas. Eugenia, siempre centrada y en línea recta, Catalina por los caminos intrincados. Tenían algunos años de no verse, de no compartir físicamente, pero ambas se mantenían presentes en la vida de la otra, eran amigas.

Se acercaba el fin de año y Catalina con su agenda nueva ya quería comenzar a planear. Solía planificar, no era de vivir en el aquí y en el ahora únicamente, de manera constante se paseaba por el pasado y algunas veces quería descifrar con meticulosidad científica el futuro, pensando en las variables, la causa y el efecto que pudiera tener una determinada decisión. A pesar de los cambios visibles en el mundo, de los modos impuestos y derivados de la pandemia, se sentaba a pensar sobre sus logros en este periodo reciente. Había logrado cambiar de vivienda, incluso de país, terminar su doctorado, adquirir y perfeccionar técnicas

de collage, “¿qué cosas no sería capaz de concluir en el próximo decenio?” se repetía. Esa visión en retrospectiva le daba ánimos, antes, las circunstancias habían sido más adversas, el viento nunca estaba a su favor y no obstante ella con una sonrisa en la cara lograba lo que se proponía, ahora no sería diferente, “¿por qué tendría que serlo?” Pensó mientras se estiraba en la cama.

Troooo, Truuuu, Roooo. Traca, Tracaaaa Sonaba un taladro o algo parecido afuera. Escuchaba el ruido desde la ventana de su habitación. Era temprano, no solían hacer este tipo de ruidos en esa calle y menos a esa hora, “¡Vaya forma de comenzar el día!”, pensó.

Era imposible estar en casa con semejante orquesta desafinada gruñendo, se levantó de la cama, tomaría el desayuno afuera, ya no iba a preparar su acostumbrada arepa tostadita con queso y mantequilla, hoy degustaría unos buenos trozos de tocineta, pan tostado y huevos fritos. Cerca de la plaza había un buen lugar.

Iba saliendo y recordó que debía llevar el carnet de la biblioteca para poder retirar el libro que había reservado; parecía un método arcaico entre tanto QR, sin embargo, habían fórmulas que perduraban en el tiempo; lo buscó en la gaveta de su escritorio, entre libros y revistas, también debajo del sofá, pero nada, paso nuevamente por la gaveta de la mesa de noche, pero tampoco, luego entre los tres estantes de su closet, finalmente resolvió halar el tercero y ahí estaba, en el fondo, tirado en el piso, seguramente rodó entre tanto abrir y cerrar, entre tanto meter y sacar cosas,

pero no sólo estaba el carnet sino también su pulsera, esa que atesoraba como un ideal inalcanzado, siempre la guardaba en su equipaje, viajaba con ella, pero nunca la había exhibido en su brazo. Al verla se le hizo un nudo en la garganta, con los ojos aguarapados y llorosos la agarró, la limpió con el borde de su camisa y la colocó sobre la mesa de noche, al regresar la limpiaría mejor, le costó dejar de mirarla, los cristales color verde esmeralda de Swarovski la sedujeron por segundos, sus piedras incrustadas eran como ver los ojos de su amor encapsulado, pero el reloj ya daba sus campanadas y el tiempo inclemente corría. Tenía que salir de casa.

La plaza estaba como siempre, ya la pandemia había bajado la guardia. Trafalgar Square era un espacio cosmopolita, bohemio, urbano, moderno y antiguo a la vez, lleno de gente, le recordaba al mundo el dominio inglés sobre los mares, el Almirante Nelson no descansaba su mirada, desde los cuatro costados, monumentos artísticos mantenían el esplendor occidental, el valor grecorromano se negaba a desistir frente a la avanzada influencia euroasiática. Era un lugar por el cual comúnmente transitaba Catalina y ella no dejaba de sentir admiración.

—¡Mauricio! —Gritó con voz alta y profunda, con hambre de ser oída.

Mauricio, un tanto despeinado como siempre, por supuesto, despistado, no alcanzaba a oír, o tal vez sí, pero no comprendía o no creía que pudiera ser ella, su nombre en sus labios parecía una caricia del vien-

to. Hacía muchos años que no se habían visto, hacía mucho tiempo que no se habían hablado.

Con la duda en la mirada se detiene y voltea en la dirección en la que creyó oír a Catalina. Ahí estaba ella, como a unos veinte metros. Igual que siempre, los años no hacían mella en su singular belleza.

Se acercan en medio del ruido y la multitud.

—Hola, ¿cómo estás?, ¿qué haces por aquí?, ¡que alegría verte! —Disparó Mauricio la primera batería de preguntas, una tras otra, lleno de inquietud y sorpresa.

—Bien, estoy viviendo aquí desde hace algún tiempo, ¿y tú que estás haciendo en Londres? —Responde Catalina con el corazón en la boca. Mientras, se acercan aún más para saludarse rozando las mejillas.

—Vine a unas reuniones de negocios de la compañía, sabes la de mi papá, me quedo por unas semanas

—Mauricio habla casi por inercia, aun no sale de su asombro, nunca pensó que la volvería a ver.

—¡Qué bueno! ¿En qué parte te estas quedando?

—En el Books Inn, cerca de la estación Piccadilly Circus, llegué ayer. Vamos a vernos hoy en la noche, tipo siete, ¿te parece? así nos echamos los cuentos, mi Cata querida. —Contesta Mauricio, seguro de escuchar un sí, con la certeza que antes no tuvo.

—Si cariño, me parece chévere, agrégame en tu WhatsApp, mi número es 07987654321, no sé si tienes que poner el 44 adelante.

—Dale, te mandé un mensaje, ¿te llegó? -

—Si corazón, nos podemos ver cerca del hotel, yo vivo como a cuatrocientos metros o si prefieres otro

lugar me pasas la ubicación como a las seis y treinta —.Cerró Catalina lo que era una conversación soñada de forma inconsciente, y vale la redundancia.

Con besos en las mejillas y un sutil abrazo se despidieron, resueltos a verse nuevamente y pronto.

La conversación duro tal vez cinco minutos, tiempo que valió para traer al presente al menos casi quince años de recuerdos, de lo vivido y sobre todo de lo que faltó por vivir. La voz estaba entonada por el sentimiento de quienes saben perdido lo que pudo ser y no fue, aunque se diga que no se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Catalina tenía varias cosas en agenda para ese día, apenas comenzaba la mañana de manera que había tiempo para terminar las tareas en curso y, sobre todo, estar preciosa para la cita. Tomo el metro y se bajó en la Oxford Circus, buscó el libro que tenía apartado en la biblioteca, compró los materiales que le hacían falta para terminar el proyecto en curso y siguió a su apartamento. Vivía en una zona otrora privilegiada, que, no obstante, guardaba con recelo su esplendor, sobre todo el arquitectónico. Una ciudad garante de su historia podía perder todo, menos su patrimonio urbano. El mundo había virado su balanza de poder, pero la legendaria isla unida al viejo continente por el Canal de la Mancha, no perdía su señorial porte ni orgullo.

“¿Qué me pongo?”, pensó Catalina. Conservaba una figura de agradables proporciones, básicamente mantenía la misma talla de siempre, la ocho, pero aun así la edad estaba presente, había que usar algo acorde.

“Bueno un blue jeans siempre es buen compañero, incluso si la salida es de noche. Ahora la camisa, “¿ajustada, holgada o intermedia?” Hablaba, Catalina en voz alta, de pie frente al espejo, una preciosa pieza vintage que había comprado en una de venta de garaje celebrada en la fiebre post pandemia en la pintoresca Carnaby Street, en el Soho.

La mejor opción para su camisa fue la intermedia, en todos los sentidos, en la forma, en la textura y en el color. Era un tono rosa tirando a rojo, de algodón con algunos detalles en cachemira. Tenía un corte rectangular que le hacía lucir sus hombros, realmente bellos, torneados y firmes, no era escotada pero el ajuste y la caída en la piel permitían hacer notar su seductor torso. Las mangas eran a medio brazo, podía lucir esa pulsera que guardaba con recelo. Nunca había sido tan oportuna, jamás se pudo desprender de ella. Los accesorios eran sencillos, dudo entre el dorado o el plateado, declinó por el dorado, combinaba más con la pulsera y además representaba mejor el momento. Pequeños pero visibles entre su ondulado cabello castaño, sobre su largo y esbelto cuello. Los zapatos ni muy altos ni muy chatos, unos tres centímetros que eran los que siempre quiso tener de más. Casi estaba lista, faltaba el final touch, un maquillaje sencillo pero evidente, sobre todo mascara en las pestañas, ojos bien delineados, mejillas suavemente bronceadas y labios brillantes. “¡Ah! el perfume, floral, suave, cítrico y dulce.”

A las seis y cuarenta sonó su teléfono, tenía un voice de Mauricio:

—Cata, corazón, te espero en el pub del hotel, avísame si quieres que te mande un taxi o tienes cómo venir  
Catalina le escribe un mensaje, no quiere que su voz la delate:

—Dale, no hay rollo, yo agarro el tube y llego súper rápido, la estación más cerca queda como a ciento cincuenta metros del hotel, eso es nada caminando y de regreso vemos.

Catalina agarra su cartera y se fue.

Al salir de la parada estaba Mauricio reclinado sobre un poste, la vio, pasó su mano derecha entre su cabello abundante y se le acercó, era mejor caminar esa cuadra y media juntos.

Antes habían andado a paso sincronizado varias veces, desde el salón de clases hasta el estacionamiento, básicamente, las veces que se daban la cola entre sí. ¿Por qué no siguieron transitando juntos en aquel tiempo?, ninguno de los dos lo sabe. Caminaron sin cruzar palabra, estaban admirados uno del otro, embelesados con la escena.

El paso fue lento, la ciudad seguía siendo preciosa, Mauricio nunca había estado en ella, y bueno, Catalina la conocía un poco más, pero no dejaba de contemplarla.

Llegaron al pub y se sentaron en la barra. Para comenzar, un par de cervezas bien frías, con velo de novia para ser más precisos, no estaban en Caracas, pero se hacían explicar bien.

Mauricio iba a comenzar a hablarle a Catalina sobre los últimos acontecimientos de su vida, al menos los

más recientes, los que tenían que ver con su viaje, la recorría con su mirada, cuando detalló su antebrazo. Llevaba la pulsera. En ese momento supo que no importaba más nada del pasado, ni del futuro. Entendió que todo se había dispuesto para que ellos estuvieran juntos esa noche.

—¡Tienes la pulsera!, la guardaste todo este tiempo.

—Si, nunca me he podido desprender de ella, aunque usualmente regalo y redistribuyo cosas.

—Te confieso que creí haber olvidado que la compré, pensé que todo eso ya no estaba en mi memoria.

—Quise dejarla en Caracas, nunca pude botarla y menos regalarla, pero si quise dejarla atrás, como tantas cosas.

—¿Por qué te la pusiste hoy Cata?

—Porque desde que me levanté todo ha sido diferente, raro y hasta un poco espeluznante, me topé con ella de forma inesperada y al verte en la plaza, todo tuvo sentido, o al menos eso pensé. La vi y me acordé de ti, tu calidez y ojos verdes están en ella. Sentí el mismo escalofrío que cuando me la regalaste ese diciembre. Estaba en el piso, se había caído de un estante del closet, era casi imposible verla, pero así fue. Y luego te vi, nos vimos Mauricio y ahora estamos aquí, tenía que ponérmela.

—Creo que nunca la habías usado. Pensé que no te había gustado, como siempre, no me hacías el menor caso.

—Bueno Mauricio, ojalá uno supiera siempre lo que hace. Lo cierto es, que si me gustó, y hoy después de más de diez años me la pongo por primera vez, no me importa nada, pero si había un momento para usarla era hoy.

—Sabes. Me casé y tengo tres niños.

—Si, te casaste con Rebeca. Pero no sé qué tiene eso que ver ahorita.

—Nada, pero a lo mejor si no fuera así las cosas fueran más fáciles.

—No sé cuándo las cosas han sido fáciles, y la verdad no sé a cuáles cosas te refieres, deja los acertijos, aunque sea por una vez en la vida.

## Thiago

Mauricio no se contuvo, luego de la tercera cerveza le robó un beso a Catalina, ya ninguno de los dos sabía sobre qué estaban hablando y no por el efecto de la bebida. La embriaguez derivaba de otro sentido, el olfato.

Estaban sentados en la terraza del bar, la brisa no dejaba de mezclar sus aromas, que a pesar de los años conservaban la misma esencia de durazno en uno y en otro que ninguno había conseguido olvidar.

El beso lo interrumpió una mirada cómplice de Catalina, una en la que el tiempo se hace corto y profundo, instantes que te devuelven la vida. La respuesta fue otro beso, ya no robado sino compartido. Se hizo necesario un paréntesis, ya el pub del hotel no podía ser cómplice de sus intenciones, a escondidas cambiaron de escenario y al cerrar la puerta, la nariz era parte del juego, las pestañas le siguieron, se acariciaban las mejillas, cuerpo a cuerpo hasta compenetrarse en un rose de piernas. El engranaje de cada cuerpo buscaba fusionarse. Al fin, luego de tanto deseo, la conjunción era pronta y certera, como si escaparan de sus vidas al pasar a través de la fuerza gravitacional de un agujero negro quemando cada poro. Al salir, llegaron al mismo universo de donde partieron casi sin recordar nada.

Esa noche fue distinta para los dos, vivieron un mismo soplo, el sentimiento era mutuo, el desasosiego y el anhelo estaban presentes, pero el final de la travesía los dejó a cada uno en una estación diferente.

Catalina despertó con una conmoción, un recuerdo recurrente que se tejía entre sus horas de descanso y creía desvanecido, volvió. Mauricio no fue ajeno a la desazón de Cata, habían retozado juntos en un idilio repentino y adeudado, creyó saber que algún sedimento removió, pero no alcanzó a adivinar lo que estaba próximo a descubrir.

El tiempo apremiaba, especialmente para Mauricio, su viaje era de negocios y tenía prevista una reunión esa mañana a las nueve, debía concretar una oferta de servicios con un cliente potencial para la inversión en la empresa naviera de la familia y Catalina estaba por concluir el proyecto en el cual tenía unas semanas trabajando. De modo que con la familiaridad que siempre habían tenido entre sí, sin la herida del reproche, se vistieron, tomaron café juntos en un bistró italiano cerca del hotel y quedaron en verse por la tarde en el apartamento de Cata. En la garganta tenían un cúmulo de palabras atravesadas que tenían que sacar, la rutina de la jornada les iba a permitir ponerlas en orden.

El día había sido particularmente agradable, una temperatura de diecisiete grados continuos permitía andar frescos sin tanto atavío de ropa, aunque seguía siendo frío para los que nacieron en el trópico, no obstante, era un clima que se sobrellevaba con afabilidad, sobre todo si estaba acompañado de un cielo particularmente azul. No era lo común por esos lados del mundo, pero tampoco era extraño en esa época del año.

Antes de subir al apartamento, Cata compro los divinos brownies belgas que trataba de omitir cada vez

que podía, pero a los que casi siempre sucumbía. La tarde estaba por caer y quería tener todo pronto antes que llegará Mauricio. En general siempre estaba ordenado, limpio y con un estilo minimalista que combinaba con objetos pequeños que la acompañaban de diversos viajes y otras piezas vintage que compraba, aunque supiera que no podría luego llevárselas.

Debajo del pisapapeles del buró tomó las notas que llevaba algún tiempo escribiendo, el sueño que la seguía como una sombra estaba allí retratado, se reproducía con asombrosa similitud a lo vivido pero con espacios surrealistas, era parte verdad parte ficción, antes de esconderlas de la vista, se sentó en la poltrona giratoria color verde oliva y en voz baja repaso su lectura:

Eran las nueve horas de la mañana del día quince de noviembre, asistía a las oficinas de la sede del Cuerpo de Investigaciones Científicas con sede en la esquina El Maní. Había sido previamente citada con el objeto de rendir declaración sobre los hechos ocurridos en el Hotel Presidente el doce de noviembre.

El oficial a cargo de levantar el acta testimonial me indicó previamente las penas a las que me exponía en caso de falsedad en mi testimonio u obstrucción de la justicia. Luego de escuchar con detenimiento, comencé a declarar con nostalgia sobre la primera pregunta, si conocía a Thiago Conti:

—Nos conocimos hace unos años, en los pasillos de nuestra Alma Mater, llevábamos blue jeans color azul claro. Recuerdo que a él le quedaban bastante bien, se notaba su torneada figura. Era alto, le calculaba un

metro ochenta, de talla media, unos treinta y cuatro de pantalón, de camisa, una talla L le venía bien, ese día tenía una chemise azul marina. Ambos estábamos revisando lo mismo, la lista, queríamos saber si habíamos sido admitidos. Yo usaba una camisa blanca bastante ajustada y zapatos negros con tacón de al menos tres centímetros, así lucía un poco más alta. Nos topamos frente a la cartelera, no nos habíamos visto antes y aunque no cruzamos palabra si intercambiábamos miradas, tengo fijo en mi memoria haber sentido sus ojos seguir de cerca mi forma desde el cabello al pecho, mientras, yo registraba su insondable aroma a leves notas de azahar de naranjo, tabaco y cedro. Me interrumpe el oficial, obviamente estaba hablando mucha zoquetada.

—Ciudadana Orihuela Sánchez, al grano ¿Estuvo usted en el Hotel Presidente la noche del doce de noviembre?

—Increpó con voz ronca y desgastada el oficial Rengel Castro quien estaba a cargo de la investigación y que seguro debía dirigir algunas cuantas cosas más pues su actitud áspera e inquisidora era exasperante.

En ese momento cerré mis ojos por segundos que parecieron horas, respiré profundamente y recordé verlo sentado del lado izquierdo de la mesa de blackjack, estaba tranquilo disfrutando un Habano, se veía de lejos que era de buena cosecha por la forma como inspiraba y exhalaba el humo, tenía su brazo izquierdo apoyado en el muslo entre sentado y parado, como quien nunca está conforme en ningún lado. Vestía un traje hecho a la medida, el doble puño

de la camisa blanca sobresalía de su chaqueta gris, brillaban las yuntas, me atrevería a asegurar que eran las que le había regalado. Los zapatos eran negros de suela y trenza, estaban pulidos, su pie derecho irrumpía con la serenidad del resto de su cuerpo, no dejaba de moverlo insistentemente de arriba para abajo apoyado en el borde plateado de la silla.

En ese momento volteé mi mirada al escritorio desordenado del oficial y respondí con simpleza.

—Sí, esa noche estuve allí.

—¿Fue usted al Casino? — Continuó el interrogatorio con suspicacia Regel. Sus preguntas eran mera retórica pues en su mente creía saberlo todo.

El casino estaba a manos llenas, iban a celebrar su sesenta aniversario y el lugar estaba preparado para la ocasión, desde la entrada hasta los baños, las lámparas y las alfombras, todo estaba resplandeciente. El color dominante era el rojo y el dorado, los croupiers vestían un uniforme tallado a juego con el momento, resaltaba una banda dorada en el pantalón izquierdo y en la manga derecha de cada traje.

Había una mesa exclusiva para apuestas altas en el centro del casino, con la intención de atraer el interés de los asistentes, quienes podían ver la movida, pero no muy cerca. Aunque no estaba aislada de manera especial. El resto de los juegos se encontraban dispuestos a una distancia selecta entre ellos y la mesa de veintiuno. De esta manera se lograba apreciar un aura de distinción que con sólo admirar la mesa se pasaba un buen rato.

Yo no me quedé atrás, en la semana había pensado con detenimiento mi atuendo, esa noche sería trascendental. Vestido de organza rojo, largo, pero no de gala, tenía vuelos a media altura que dejaban ver mi pierna derecha más arriba de la rodilla, ajustado de la cintura al pecho, con las mangas a mitad de cada brazo, el cuello era cuadrado con un aire romántico. El detalle dorado no faltaba, zapatos de tacón alto de ese color, los zarcillos de oro amarillo italiano pequeños con la forma de una manzana y en mi mano derecha el reloj Chopard, que me había regalado tiempo atrás. No llevaba bolso, solo la tarjeta llave de la habitación que había colocado con discreción en mis medias de ligero a la altura de la cintura.

Me quedé pensando unos segundos en la pregunta que me había hecho el oficial y rápido respondí,

—Sí, fui al Casino, estaban de aniversario.

—¿Notó algo que llamara su atención? —Cuestionó Regel Castro, mientras buscaba con insistencia un papel o algo debajo del expediente.

—Todo parecía ser demasiado alegre. —Respondí.

En eso, otro funcionario interrumpe el procedimiento, le susurra algo al oído de Rengel, este se para sin mediar palabra conmigo. Ottoniel Piñango creo que se llamaba el muchachito que se sentó frente a mí, me miraba de arriba abajo como si quisiera escarbar en mi interior.

Le seguí el curso a Rengel hasta que mi vista se encontró con una mujer policía, de talla grande, no llevaba uniforme, pero si una placa colgando en el

cuello y su arma de reglamento, también otro hombre, creo que era fiscal, iba de traje con un maletín, su indumentaria parecía que había salido de una caja de donativos, estaba limpia y planchada, pero una o dos medidas más de la suya, le faltaba agarrar bien el ruedo a las mangas y al pantalón, caminaron juntos hasta el final del pasillo y luego Rengel cerró la puerta de la oficina de un portazo.

Mientras, seguía en la silla esperando, vi pasar otras dos personas, una llevaba sus manos con esposas en la espalda. La sentaron como a tres escritorios de mí, me miraba como si me conociera, pero yo realmente no lo recordaba de nada.

En ese momento me quede sola. A Ottoniel lo llamaron para interrogar a la recién llegada. Me puse a hurgar en mi cartera, retoque la crema de cacao en los labios, una crema con esencia de vainilla en las manos y repasé mi lista de contactos en el teléfono, me detuve en el de Thiago.

Antes de esa noche teníamos algún tiempo sin vernos, pero ambos sabíamos que estaríamos allí. En una época fuimos asiduos visitantes del hotel, de arquitectura privilegiada, galardonado por su vanguardia, le hablaba al mundo de los planes que se aspiraban para Caracas, estaba al final de una bien pavimentada calle arbolada, combinaba con maestría la boyante vegetación y lo urbano. En ocasiones anteriores habíamos querido asistir a la fiesta de aniversario y por diferencias o imprevistos no lo hicimos. Si había un lugar para vernos aun sin estar juntos era ese, sobre todo ese día.

Cuando llegué lo busqué con la mirada, como un radar determiné su presencia en la mesa de póker, mientras me acercaba volteó levemente hacia la dirección por donde caminaba y me vio. Yo no sabía jugar y tampoco iba a apostar ni de cerca la cantidad que se requería para acceder a esa zona, así que lo vi de vuelta y con una media sonrisa enarbole mi bandera blanca, pase de largo y me senté en una maquina tragamonedas próxima.

Al rato, entre ganar y perder, me dirijo a la barra de tragos, un ron 12 años con una concha de limón en las rocas me seduce y camino hasta la terraza. La noche estaba clara, a pesar de la luminosidad de la ciudad se podían observar algunas estrellas. Realmente el lugar estaba concurrido y un tanto sórdido, me empezaba a preguntar si había valido la pena ir. Entre la discusión de una pareja al fondo y la babosa negociación de unos hombres a mi costado escuche una algarabía que provenía del casino.

“¡Han ganado!” Gritaban y comenzaron a circular una copa de algo que parecía Champán. En ese momento sentí un brazo que me rodeaba la cintura, era Thiago en un minúsculo arretrato sonriente. Para qué negarlo tenerlo cerca era un vicio para mí.

El relato continuaba, pero la hora apremiaba, ya Mauricio estaba pronto a llegar, dobló el escrito y lo guardó dentro de un sobre debajo de algunos libros. No era experta en la cocina, pero entre viajar y vivir sola había adquirido cierto arte culinario. En todo caso lo mejor era una cena ligera, más una de-

gustación, que sirviera de acompañante a una buena conversación, preparó unas arepitas fritas, bajó unos tequeños que tenía en congelador, ya habían tenido el tiempo de conquistar el mundo y probablemente hasta en Groenlandia se vendían, metió varias cervezas en el freezer, acomodó una tabla de quesos y decoró con trozos de frutas picaditas. Buscó unos Romeo y Julieta Churchillis que tenía casi de adorno, aunque ninguno de los dos era fumador, tanta casualidad y destino revuelto merecía la ocasión.

A las seis y quince le llegó un mensaje a Catalina:

*Cata, baja estoy en un lugar de comida libanesa, o algo así, creo que cerca de tu casa, pero no logré encontrar el edificio, ¿te suena?*

Catalina decide enviarle una nota de voz para confirmar bien donde está e ir por él.

*Loco ¿El restaurante se llama Biblos Street Food? Confírmame por fa.*

A los pocos segundos vibra su teléfono.

*Si, y tiene colores rojo y verde.*

Catalina responde el mensaje. Toma su chaqueta de cuero negro estilo patotera que compró en Los Ángeles, se calza sus botas negras tobilleras, agarra las llaves y el teléfono, los lleva hasta el fondo del bolsillo derecho y sale.

El restorán estaba a unas cuatro cuadras de su casa, pero no en línea recta y las calles de la ciudad eran tan sugerentes que era muy fácil perder la ruta. Catalina conocía bien el lugar pues era cliente consecuente, sus gustos gastronómicos por esas latitudes alternaban entre el pequeño país que fuera parte del imperio

Otomano y la bota italiana. Dentro de sus cuatro paredes pululaba el sabor venezolano, bollos pelones, carne mechada, caraotas, asado negro, incluso había logrado mejorar su técnica para degustar en alguna que otra ocasión un buen pastel de chucho, pero en las calles su predilección se perfilaba hacia el mediterráneo, claro que también había oportunidad para el clásico fish and chips o un succulento wellington beef, pero sólo de vez en cuando.

En el apartamento de Catalina, Mauricio se siente cómodo, parecía que los años definitivamente no hubieran pasado entre ambos, mucho menos en él, su actitud jovial y alegre estaba intacta. Olía rico, era una mezcla de Colonia Menen con café de grano amargo y tostado, se quita los zapatos, el abrigo de lana azul celeste que llevaba puesto y rápidamente comienza a picar lo que tenía Cata sobre el mesón de la cocina.

Se instala en un monólogo a contarle su día, la experiencia en la reunión de negocios con la que trataban de ganar una nueva marca para distribuir en su ya consolidada ruta comercial, que estuvo un buen rato repitiendo con arcadas la comida del desayuno, no le gustaba y no entendía como podían hacer esa mezcla con el estómago vacío. La exposición parecía la de una pareja que tenía toda la vida juntos. Catalina lo ve y escucha, no deja de impresionarle lo ligero y llano que resulta, recuerda que esa era la primera diferencia casi infranqueable entre ellos, o quizás hubiera sido una forma de equilibrio.

Empieza a seguirle el ritmo, le ofrece algo de tomar mientras ella se sirve una Coca-Cola sin azúcar con bas-

tante hielo, el prefiere la cerveza de una vez, come algunos trozos de queso y aunque tenía las arepitas y los tequeños a punto, prefirió cortar un pan del día anterior, se conservaba fresco y estaba sabroso, le unto pate de atún, receta heredada que había logrado mejorar con los años. Mientras Mauricio se desparrama en la cotidianidad, Catalina esta constreñida en lo insólito.

Recuerda los tabacos y va por ellos, le ofrece a Mauricio quien, sonriente y sorprendido, acepta. Comienzan a fumar lentamente para degustar el sabor, momento que Cata aprovecha para interrumpir su ritual comunicacional. Mientras él se desliza sobre las olas ella se mantiene a metros de profundidad. Se le queda viendo al anillo matrimonial, él se percata y entra en sintonía con ella.

—¿Qué hacemos? ¿Qué piensas? —Pregunta Mauricio consternado.

Catalina sigue fumando y decide mezclar la Coca-Cola con tres dedos de ron Santa Teresa 1796, las preguntas parecen simples. Antes que Mauricio se las hiciera y mientras él hablaba ella recapitulaba con añoranza sus años universitarios, él siempre estuvo a su lado como un jardín florido, ella sabía que él estaba allí, disfrutaba del espectáculo, pero nunca travesó dentro. No se atrevió y menos con los susurros enloquecedores que fueron para ella las palabras de Thiago.

Sobre el qué hacemos, en ese preciso momento, prefirió acercarse más aun, mirarlo fijamente y besarlo con rauda pasión, ya había comprendido que sería la última vez, era una noche para siempre con un ahora o nunca

entrelazado. La vida juntos habría sido perfecta, pero Cata era del gusto de los bosques espinados, de los rompecabezas incompletos. Ese “qué hacemos” la conectó con el presente, la trajo del pasado justo a la noche anterior, saboreaba el jugo concentrado de amor, deseo y amistad que eran ellos.

El responde con toda su experiencia acumulada y a la vez con el desespero del que no quiere perder lo que más ansiaba, siente en ella el trance afligido de un amor tan fraterno e incondicional como imposible.

Ya el viaje de trabajo llegaba a su fin, tenía vuelo de retorno a las cuatro de la tarde del día siguiente. Terminan de hacer el amor y Cata a medio vestir va hasta su escritorio conecta la corneta y desde el teléfono programa una recopilación de bossa nova chillout, regresa rápidamente a la cama y de un salto se incorpora de nuevo al lado de Mauricio.

—Mañana tengo vuelo a las cuatro, no sé a dónde voy a regresar, yo siempre quise estar contigo —dice Mauricio sin hallarse.

Catalina se voltea mirando hacia el techo y con voz hueca le dice

—Thiago se suicidó.

Se apoderó del ambiente un silencio artificial, por algunos minutos ninguno de los dos habló ni respiró. Mauricio no sabía que decir, después de graduarse se había dispersado bastante del grupo, viajaba constantemente con pausas distantes, se casó, nacieron los hijos, no era asiduo a las redes sociales y aunque algunas historias sobre él le habían comentado no tenía idea de qué había pasado en realidad.

Adoptó en la cama la misma posición de Catalina, presintiendo que finalmente ella desahogaría lo que tenía inmerso en sus pupilas y que destilaba lentamente hacia su mente y corazón. La acompañó enmudecido.

—Esa noche habíamos estado juntos, después de un largo tiempo sin vernos ni hablarnos, fue especial, logramos encontrarnos en una celebración a la que siempre habíamos querido ir, todo parecía perfecto, yo había escogido mi atuendo con anticipación de forma escrupulosa. Él estaba radiante, había ganado una apuesta excepcional en la mesa de blackjack, nos tomamos un par de tragos más en el casino y luego fuimos a su habitación. No habíamos terminado de cerrar la puerta cuando ya estaba quitándome el vestido, no voy a narrarte lo que pasó, pero antes del amanecer ya estaba muerto.

Mauricio seguía callado, en cuanto Catalina pausó su revelación se sentó en la cama y comenzó a verla con compasión, finalmente lograba vislumbrar la herida. Ella no continuó hablando sobre ese asunto y él no indagó en más detalles, había un muro alto impenetrable en esa historia, la abrazó fuertemente, quería realmente sofocar ese ardor doloroso, ella comenzó a llorar, por unos cuantos minutos permanecieron unidos en el consuelo.

Ese viaje trastornó sus vidas, de forma buena o mala, no saben. Catalina en años no había pronunciado ninguna palabra sobre esa noche en el Hotel Presidente, mucho menos había expresado tanta emocionalidad. Durmieron juntos, se cobijaron uno al otro. Mauricio

se quedó en el apartamento de Catalina, para él era muy difícil imaginar su regreso.

En la mañana de ese sábado, Catalina dormía como pocas veces, mientras Mauricio prepara un café con leche clarito y unas arepitas, no muy redondas, pero bien hechas, al estilo que a él le gustaban, tostadas en el budare y luego cocinadas en el horno. El olor a huevo revuelto con cebolla, tomate y aceite de oliva despertó a Cata.

Resolvieron salir luego del desayuno al hotel para recoger sus cosas, ella lo acompañaría al aeropuerto. Había logrado destapar sus arterias bloqueadas por la culpa, finalmente sus pulmones se llenaban de aire fresco. Mauricio por su parte sentía un temblor interno, quería estar a su lado como si ninguna otra cosa existiera.

## Catalina

Iba por el corredor común entre las torres B y C con su equipaje rodando sobre el empedrado piso, se escuchaba al fondo el ritmo melodioso de la nueva composición de Rawayana, acompañado por unos gallos desafinados de quién sabe quién, de reajo percibía una tenue luz que se expandía como rayo solar vespertino desde el apartamento treinta y uno, justo sobre la ventana de su habitación.

Al entrar al edificio el olor a arepa recalentada se escabulle desde la planta baja, llegaba también a distinguir el maullido de Filipo, el gato del señor Roberto, el bohemio escritor vecino de doña Marcela. Al menos esos eran los nombres que recordaba, podía ser otro gato, otro bohemio y otra vecina.

El tiempo parecía que se había detenido, de no ser por la música que retumbaba, un tema reciente, lo había descargado en su lista de Spotify hace dos semanas, le gustaba, aunque no tanto la idea de poder oírlo desde el estacionamiento, en fin, se había acostumbrado a ese buen vivir urbano de Caracas, ese saberlo todo y a la vez nada sobre todo el mundo. El ascensor estaba funcionando, bien iluminado, limpio, y hasta con el ruido del extractor como tonada de fondo, sobre el espejo se leía una nota convocando a los vecinos a una reunión extraordinaria urgente. Lee la hoja por encima y se distrae del motivo de la asamblea, para variar, algunos le habían escrito mensajes a

otros. La práctica rupestre de expresarse bolígrafo en mano les resultaba más llamativa a la vista “José del 45 lleva tu perro a orinar en otro lugar CDTM” No dejaba de ser curioso cómo en plena era del “meta-verso” parecía inevitable querer rayar un papel.

La última reunión de condominio a la que había asistido fue a distancia, desde la pantalla de su computadora, para tratar un único tema relacionado con la aprobación o no de un monto excedente al presupuesto ordinario y que se requería para hacer una mejora, la asamblea con votación mediante firma electrónica no duró más de treinta y cinco minutos, nuevamente, había olvidado el replique y contrapunteo prolongado de entre tres y cuatro horas de las juntas de condominio de su terruño, donde se discutía de todo para no llegar a nada.

En los últimos años viajó a Venezuela un par de veces, por poco tiempo, tan poco que no llegó a ser turismo ni reencuentro, más bien parecía una visita médica o la realización de un trámite en cualquier oficina pública, no obstante, su casa estaba casi como la había dejado, se notaba la buena diligencia de su entrañable amiga Eugenia, quien estoica sobrellevó el diluvio rojo y el vacío pandémico.

Ya las guacharacas y guacamayas dormían, comenzaba el turno de los grillos, sonorizaban con eco, parecían acompañarla y celebrar su regreso. Desde que entró a su apartamento se sintió diferente, como un marinero que vuelve a atracar en el puerto que lo vio partir por primera vez luego de recorrer mil y un destinos. Sintió

que finalmente había llegado a su hogar, en apariencia era el mismo lugar desde el cual elevó anclas. Su mundo interior tatuado de estampillas, era lo diferente.

Traía dos maletas grandes, un equipaje de mano y el carteron con el que adoraba volar, le cabía de todo y siempre tenía un espacio especial para las compras de lujo culposo en el dutyfree. De ropa, algunas piezas que la acompañaron por diferentes parajes. Varias postales, costumbre que mantenía de niña y obviamente libros y fotos, enamorada de lo físico, continuaba siendo fiel a lo impreso, a las imágenes y letras que pudiera trasegar entre sus dedos. Recorrió cada esquina de su casa, como quien despierta de un largo sueño, no sabía lo mucho que la extrañaba, se sobrepuso esa parte de ella que yacía dormida.

Cansada del viaje, le escribió un mensaje a su hermana para asegurarle que todo estaba bien y se fue a dormir. A la mañana siguiente la despierta el timbre, mira el reloj, son las nueve, tenía años sin dormir hasta tan tarde, seguro el cambio de horario o saberse en casa la arrullaron más de la cuenta, curiosa se acerca hasta la puerta y ve por el ojo mágico “parece la vecina Nidia, pero no estoy segura”, con el brazo de seguridad puesto, un poco incrédula medio abre la puerta.

—¿Nidia? —dijo Catalina con voz ronca y desconfiada de su memoria.

—Si mujer, soy yo, ¿tan mal me veo? —se explayo Nidia con una sonrisa brillante.

Ese momento fue como si se subieran unos breakers en el cerebro de Catalina, todo un registro histórico

que estaba apagado reiniciaba operaciones. Por un instante pensó en ¿cómo podría su mente haber olvidado tal personaje? Así de selectivo es el cpu inteligente con el que nacemos.

Fue por las llaves y abrió, un abrazo humeante a café y cigarro la arropó, Catalina la invitó a pasar y se acomodaron en la cocina.

Nidia entro avasallante, mirando todo de arriba abajo, andaba con su pijama, una imitación de algún personaje de Disney, bastante desgastada por demás, pero al menos era de su medida, un sobretodo de algodón negro lleno de pelos que parecían de perro, sus cholitas con los dedos de los pies bien arreglados y un turbante rojo en el cabello, de esos que ayudan a ocultar canas, tintes maltrechos y demás daños que la edad y las mañas van dejando en las melenas.

En la casa no había mucho que ver, la verdad, las maletas al fondo cerca del balcón, los muebles estaban intactos, pero se notaba la soledad en ellos, lo que estaba lleno y repleto era la mirada de Cata.

—Catalina querida, no pude aguantar venir. Esta mañana temprano bajé a Toby a pasear para que hiciera sus cositas y entre los temas que sonaban era que la del veintiuno había llegado con un perolero, o sea tú. Al parecer, el lenguaje corporal y el volumen del equipaje habían enviado un mensaje codificado al vecindario de que ella había vuelto, con todo lo que eso implicaba, no se trataba de un regreso fugaz, sino de un retorno. No hacía falta que hubiese hablado con nadie, porque de hecho no se topó con ningún

personaje en el camino hasta la puerta de su casa, no obstante, algo hacía parecer evidente que como alguna vez habría dicho el maestro Gallegos “las cosas vuelven al lugar de donde salieron”

Catalina aún estaba somnolienta, sin embargo, su estómago ya resonaba así que aprovecho la inesperada visita parlanchina, ya estaba bien instalada en la cocina y se dispuso a hacer unas arepas. Saco la Harina Pan que traía en el equipaje de mano, comprada al llegar en el aeropuerto de Maiquetía. Abrió la nevera para ver con qué contaba. Eugenia que sabía de su regreso, a su pedido, le había llevado un mercadito para resolver los primeros días. En ese momento recordó que no le había escrito para confirmarle su llegada y que todo estaba bajo control.

Nidia y Catalina no eran propiamente amigas, sin embargo, se conocían desde niñas, habían vivido en el mismo edificio en su infancia y luego la casualidad las reunió nuevamente en su vida adulta. Compartieron juguetes, travesuras, baños en la lluvia y hasta habían ruchado metras en horas de juegos, de esos donde la única energía era la solar y la conexión con los cinco sentidos funcionaba a tope y golpe de refresco y pepito. Ambas tenían hermanos, primos, y demás familiares y amigos, pero cuando las dos se sentaban con un tablero de monopolio no existía otra cosa, a veces dejar el juego petrificado hasta el día siguiente porque no alcanzaban las horas del día para materializar tanta imaginación.

Así pasaron varios años donde al final, las diferencias que en un momento no resultaban evidentes ni im-

portantes, zanjaron distancia entre ellas. Pero, luego de ausencias, la vida las encontró de nuevo viviendo en el mismo edificio, solo que ahora sí estaban claras y a la vista la disimilitud entre las dos, aunque al menos por lo que respecta a Catalina la nostalgia de aquella amistad se mantenía encendida.

—Se que no me estás preguntando, bueno la verdad casi no me has hablado, pero me estoy divorciando, bueno ya Cristóbal no está en la casa —.En esta frase volvió Cata sobre el monólogo de Nidia para tratar de llevarle el hilo.

—Nidia, yo no soy la persona modelo para hablar sobre esos asuntos, pero quiero suponer que es lo mejor tanto para ti como para Valeria, por cierto, ¿cómo está la niña? ¿Estará grandísima? —Le respondió Catalina con voz pausada y cálida mientras palmeaba las arepas para ver si ya estaban listas.

—La niña está bien, con su papá, ya tiene casi diez años y ella prefirió irse a vivir con él—, Su tono de voz cambió completamente, Nidia se quebró al decirlo, hablo rápido como si se tratará de un asunto de papeleo. En ese momento Catalina asumió que su imagen descolorida tenía, al menos en ese hecho, una fuente.

Lo que parecía una visita de rigor a una vieja vecina que volvía para darle la bienvenida y ponerla al día con las noticias del barrio se convirtió en un aliviadero de dolor. Nidia sabía y casi envidiaba la fortaleza de Catalina, en el fondo siempre quiso ser como ella, tenerla de vuelta le timbró una esperanza.

Cata la vio con ojos que dicen, te entiendo. Luego de breves minutos de silencio comprensivo, sirvió la mesa con las arepas tostadas, el café colado y un poco de queso blanco rallado. Comieron juntas en complicidad como cuando merendaban en las tardes pan dulce con Ricomalt.

Ya en la sobremesa con el segundo café, suena el teléfono de Cata, eran casi las once de la mañana, el sonido causa sorpresa pues se trataba de la línea fija, ¡sí, aun funcionaba!

Cata va hacia el teléfono, era Eugenia que tenía rato llamándola al celular, pero no se podía comunicar. Nidia recoge un poco la cocina y se despide mientras Catalina estaba al habla, con lenguaje de señas quedan en verse por la tarde. Eugenia le da cuenta del estatus de los asuntos en su casa y le recuerda la reunión que tiene prevista para el martes siguiente.

Catalina comienza a desandar las maletas, trae recuerdos de una vida, la anterior a su partida y la que trató de vivir mientras volaba fuera del hogar. Con cuidado saca pieza por pieza, comienza con el equipaje de mano. No tiene nada particular más allá de sus equipos de trabajo, los lentes de lectura, su monedero tipo pasaporte y un libro.

Aficionada a la radio, la enciende. Siempre tuvo un espacio en el apartamento donde se sintonizaba con facilidad tanto la frecuencia de amplitud modulada como la FM. Da vuelta al dial hasta que se topa con un programa que parecía bueno, no lo conocía, obviamente, tenía años sin ser radioescucha en Venezuela,

sin embargo, el tono de voz de quien hablaba le resultaba familiar, sobre todo el acento paisa. La voz era ronca pero jovial, como la de un hombre de media edad, gocho o de la hermana República de Colombia, hablaba con soltura sobre una especial tradición en su región, al ratito suena un tema del recuerdo con el que solían terminar su programación “Cuando nos volvamos a encontrar” un dúo entre Marc Antony y Carlos Vives, danzando se va hacia la habitación y entre la ropa revuelta en la cama se duerme.

La despierta el sonido de un disparo, parecía el golpe de una puerta o alguna alarma que se había metido en su sueño, ese estímulo, trabado con el surrealismo de su cansancio, le trajo al pecho la herida malsana de Thiago. Con sobresalto se levanta, ordena por color las camisas en el closet, luego dobla los pantalones, ve la hora y resuelve bañarse, ya casi eran las cuatro de la tarde. Por curiosidad tenía ganas de ir al encuentro con Nidia, ponerse al día del acontecer del edificio, de su vida, la lejanía de Valeria, empaparse de lo cotidiano y mundano.

Sube, como en los viejos tiempos, hasta el piso ocho y toca el ochenta y tres, Nidia abre la puerta, el apartamento olía a lavanda, estaba pulcro, tenía gran cantidad de matas en el balcón. Toby salió al paso para saludar entre lamidos y brincos, era un cacri medio pastor con una oreja caída, entre negro y blanco, bien raro la verdad, digno representante del mestizaje venezolano, presente también en la fauna perruna. Se sientan en el sofá de mimbre que da al ventanal, des-

de el cual, al voltear la mirada a la derecha se podía hacer un recorrido de este a oeste por todo el borde de la Cota Mil, como era de suponer sobre esa línea punteada de luces emergía el Cerro Ávila, además el atardecer traía un conjunto de naranjas que hacía difícil quitar la mirada.

Nidia le ofrece a Cata un ron con Coca-Cola, la ocasión era propia, además prende un ramillete de inciensos y una vela roja que tenía ya preparada sobre una linda mesa auxiliar que hacía esquina en dirección norte, parecía una suerte de ritual al que ya estaba acostumbrada, tal vez una manera de hacerse compañía ella misma. Al fondo sonaba la misma emisora que había estado escuchando Catalina “este domingo a las cuatro de la tarde los esperamos en el especial dedicado al Carnaval de Barranquilla, en compañía de sus conductores Carlos Eduardo Higuera y el calleño Eliseo Mallarin”

Catalina volvió la mirada a la radio y pensó “demasiada casualidad” Nidia percibe el movimiento brusco y la mirada de extrañeza de Cata al oír los nombres de la radio “¿los conoces?” le pregunta sin esperar que responda, luego de tomar un trago y mojarse los labios

—Chama, sabes que ese Eliseo que acaban de nombrar en la radio es vecino en el edificio desde hace unos tres años, vive en el treinta y uno mijita, o sea está sobre tu apartamento. Es un moreno color caramelo con una melena negra rebelde que me desmayo cada vez que tengo la suerte de topármelo en alguna parte, si es en el ascensor, ni te cuento, el aroma me

emborracha, además como si él solo no tuviera un olor de dioses, tiene la costumbre de usar una chaqueta de cuero, supongo colombiano, que me quita el habla.

Catalina se queda pensando, toda la descripción de Nidia le recordó un viaje, un paseo y una conversación. Busco en su monedero, recordó haber visto recientemente el tiquete del bus rojo que la llevó a un anhelado paseo, tenía que ser él.

## Contenido

|          |    |
|----------|----|
| Rebeca   | 5  |
| Miguel   | 13 |
| Mauricio | 21 |
| Thiago   | 31 |
| Catalina | 45 |

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 13 días del mes de abril de 2022, el mismo día del año 1905 en que nace Antonio Angulo, artista zuliano de vanguardia, que realizó cuadros abstractos geométricos en la década del treinta y principios de los cuarenta, incluyendo el célebre plafond y la lámpara del teatro Baralt.